

tenta codos de alto y veinticinco de ancho, no tenía puertas, por representar el cielo, que está visible y patente á todo el mundo. El frente entero de este pórtico estaba dorado, y como lo estuviera también cuanto se veía al través del templo, con dificultad los ojos podían sufrir tanto brillo.

» La parte interior del templo se dividía en dos: la primera se levantaba hasta el techo. Su elevación era de noventa codos, su longitud de cincuenta y la latitud de veinte. La puerta interior estaba toda cubierta de planchas de oro, como he dicho, y los lados de la pared que la acompañaban eran dorados; encima se veían pámpanos de cepa del grandor de un hombre, de los cuales colgaban uvas de oro. De estas dos partes de la división del templo, la interior era la más baja. Sus puertas, que eran de oro, tenían cincuenta codos de alto y diez y seis de ancho. Al frente había un tapiz babilónico de igual dimensión, donde el lapizlázuli ó azul, la púrpura, escarlata y lino, estaban mezclados con tal arte, que no podía verse sin admiración: representaba los cuatro elementos, séase por sus colores, ó por las materias de que se componía, porque la escarlata representaba el fuego, el lino la tierra, el azul el aire y la púrpura el mar, porque de él procede. Todo el orden de los cielos se figuraba en aquel tapiz á excepci6n de los signos.

» Desde allí se entraba á la parte interior del templo que tenía sesenta codos de largo y alto, y veinte de ancho, la longitud de los sesenta codos estaba dividida en dos partes desiguales, la una de cuarenta codos, donde se veían tres cosas admirables y que nadie se cansaba de mirar: el candelero, la mesa y el atar de los inciensos. Este candelero tenía siete brazos, sobre los cuales descansaban otras tantas lámparas en representación de los siete planetas. Los doce panes sobre la mesa significaban los doce signos del zodiaco y la revolución del año; y las trece especies de perfume que se ponían en el incensario, producidos algunos por el mar, aunque inhabitado é incapaz de cultivo, expresaban que todas las cosas proceden de Dios, y que le pertenecen.

» La otra, más interior del templo, era de veinte codos, y estaba separada de la antecedente por un velo. Su recinto se hallaba completamente vacío. No sólo estaba prohibida la entrada, sino también poderla ver. Se la llamaba el *Santuario* ó el *Santo de los Santos*. Al rededor había muchos edificios de tres pisos, y podía pasarse de los unos á los otros, é irse también al lado del portal. La parte superior, por ser más estrecha, no tenía estos edificios. Por esto no dejaba de ser más magnífica, pero estaba cuarenta codos más elevada que la otra; así que su elevación total era de cien codos. Su plano no excedía de sesenta.

» Nada había en el exterior del templo que no atrajera la vista, y no arrebatase en seguida el alma; porque estaba todo cubierto de planchas de oro tan unidas que ya al amanecer deslumbraba como pudieran los rayos del sol. Donde no había oro, las piedras eran tan blancas, que esta soberbia masa parecía de lejos á los extranjeros que todavía no la habían visto, una montaña cubierta de nieve.

» Toda la cubierta del templo estaba sembrada, ó como erizada de agujas ó puntas de oro muy afiladas, á fin de impedir á los pájaros de tirarse y ensuciarse allí; y parte de las piedras de que se componía tenían la longitud de cuarenta y cinco codos, la anchura de seis y el grueso de cinco.

» El altar de enfrente del templo tenía cincuenta codos en cuadro, y quince de elevación. Su subida por el Mediodía era difícil, y se construyó sin dar un martillazo.

» Cercaban el templo y el altar, separando al pueblo de los sacrificadores, una balaustrada de hermosa piedra de un codo de alto ».

La divina Providencia, para hacer más ostensible al mundo su justicia, para confundir la incredulidad de los tiempos sucesivos, sin dejarla excusa alguna, dispuso que los detalles de esta espantosa desolación fuesen, entre otros, escritos por un hombre que á la vez fué actor y testigo, relacionado directa y públicamente con los sitiados y sitiadores, con los vencedores y vencidos, es decir, por un judío de la raza sacerdotal, político y guerrero á la vez, que á la cabeza de sus compatriotas midió sus armas con Vespasiano por espacio de cincuenta días; por un hombre que se presentó en la brecha, arrostrando más de una vez los peligros de la muerte; en fin, por un israelita, que haciendo brillar sus nobles sentimientos y decisión por los intereses de su religión y patria, no por esto dejó de rendir homenaje al valor y generosidad del enemigo, y con tanta exactitud y precisión, como que el mismo Tito quiso autenticar con su firma la historia que había escrito, haciéndola en seguida depositar en la biblioteca romana, como uno de los más hermosos monumentos de su gloria. Este hombre sin conjeturar cuál era el oficio que iba á llenar en el plan de la Providencia, ha escrito, y va á manifestar lo que son los castigos, las discordias, el hierro, fuego, hambre y peste, cuando vienen á ejecutar las órdenes de Dios sobre una ciudad criminal, para vengar la sacrilega iniquidad. Así discurre el abate Geramo, al ocuparse de Josefo, de quien toma el relato que sigue, para patentizar la seguridad de los hechos de que nos da cuenta aquel historiador.

« Dueño Tito de la segunda muralla, resolvió atacar la tercera. Era

tanta el hambre entre los sitiados, que á pesar de los robos, no era posible pudiesen subsistir largo tiempo... No cabía duda en que Tito podía apoderarse de la plaza; pero como desease conservarla, al mismo tiempo que ésta echaba el sitio, procuraba inclinar los judíos al arrepentimiento de su rebelión. Siguiendo esta idea, y persuadido de que algunas veces las razones son más poderosas que las armas, creyó que debía unir los consejos á las acciones, exhortando á los sitiados á que pensasen en su bienestar, sin empeñarse en ulteriores porfias. A este fin escogió á Josefo, por creerle más capaz que otro alguno de poderles persuadir, con motivo de ser la misma nación, y de hablarles su propio idioma... Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles para doblar á los facciosos. Sin embargo, conmovióse el pueblo en general, y trató de salvarse apelando á la fuga. Muchos vendieron lo más precioso que tenían por una pequeña cantidad de piezas de oro, las cuales se tragaban para evitar que los facciosos se las robasen, fugándose después al campamento romano, pero Juan y Simón, jefes del Gobierno, establecieron cuerpos de guardia en las puertas, no sólo para impedir la entrada de los romanos, si que también para evitar la fuga de los judíos, de suerte que la más ligera sospecha bastaba para asesinar sobre la marcha á los que se suponían intenciones de deserción.

Para los ricos era tan arriesgado el intentar escaparse, como el mantenerse quietos, porque bastaba que poseyesen algo, para tener un pretexto de asesinarles. Entre tanto el hambre iba siempre aumentando lo propio que el furor de los facciosos, y ambos males siempre en progresión respectiva producían los más terribles efectos. Como no se viese ya trigo en parte alguna, los enemigos de la patria, que habían encendido el fuego de la guerra, forzaban las casas por si le había. Cuando por casualidad lo encontraban, apaleaban á sus dueños en castigo de no haberlo manifestado; pero cuando no lo encontraban les hacían cargo de haberlo ocultado, atormentándoles de mil modos para arrancarles una confesión, y bastaba para ser convictos la circunstancia de disfrutar de buena salud. A los que encontraban reducidos al último extremo se ahorran el asesinato, abandonándoles á los rigores del hambre. Muchos de los ricos vendían secretamente sus bienes por una medida de trigo, y los menos acomodados por una de cebada. Se encerraban después en los parajes más apartados de la casa, donde unos comían este grano sin moler, otros le reducían á harina, según se lo permitía la necesidad ó el temor. No se veía mesa puesta en ninguna parte, sino que cada uno arrebatava la comida de las ascuas sin darla el tiempo de cocerse. ¡Háse visto jamás miseria tan horrorosa! Sólo se veían libres

de ella los que empuñaban las armas, los demás lamentaban inútilmente su desgracia; y como ninguna consideración ni miramiento se guardase por un mal tan urgente como es el hambre, las mujeres arrancaban el pan de las manos de sus maridos, los niños de las de sus padres y lo que en otras circunstancias parecía increíble, las madres lo arrebatavan de las manos de sus tiernos hijos. Los que así obraban no podían ocultarse y ponerse á salvo de que alguno ni viniese á quitarles lo que habían arrebatado á otros; porque al descubrir una casa cerrada, al instante se sospechaba que dentro se comía, bastando esto para forzar desde luego las puertas, entrar y obligar á que se soltase lo que cada uno tenía en la boca. A los ancianos que se resistían, se les apaleaba, se cogía de la garganta á las mujeres que no querían dejar lo que escondían entre sus manos; y sin compadecerse de los niños que todavía mamaban, se les echaba al suelo, después de haberles arrancado de los pechos de sus madres. Los que de este modo corrían para arrebatav el pan de los demás, se encolerizaban contra los que tenían más ligereza, del mismo modo que si les hubieran gravemente ofendido. Se discurrían é inventaban toda especie de tormentos para encontrar el medio de vivir. A los hombres se les colgaba de las partes más sensibles, metiéndoles en las carnes palos puntiagudos, con otras torturas desoídas aunque no fuese más que para obligarles á confesar que habían escondido un pan ó un puñado de harina. Creían estos verdugos que en esta extrema necesidad podían sin crueldad cometerse estas horrosas inhumanidades, con las que recogieron víveres para seis días. A los pobres les quitaban las hierbas, que con riesgo de sus vidas habían ido á recoger de noche fuera de las puertas, sin hacer caso de las deprecaciones que á nombre de Dios les hacían para que les dejaran una pequeña porción, persuadidos de que era hacerles una distinguida merced, si les dejaban con vida después de haberles robado lo que traían para conservarla.

» Así eran tratados por la soldadesca estos desgraciados. En cuanto á los de categoría, eran conducidos ante los tiranos, los cuales autorizaban todos estos crímenes; y con falsas suposiciones condenaban á muerte, á unos como complicados en la conspiración de entregar la ciudad á los romanos, y á la mayor parte, á pretexto de quererse pasar al campamento enemigo. Simón enviaba á Juan á los que había despojado de todos sus bienes, y Juan hacía otro tanto. Así se burlaban de la sangre del pueblo, repartiéndose las haciendas de aquellos desgraciados. Divididos por la ambición de mando, les unía la conformidad de acciones. Entre ellos pasaba por malvado aquel que no hacía compar-

tícipe al otro de sus robos, como si fuera hacerle un grande agravio el negarle lo que la detestable sociedad de sus crímenes les hacía común.

» Imposible sería querer referir uno por uno los crímenes de estos monstruos: bastará sólo decir *que después de la creación del mundo, no creo se haya visto padecer tanto á pueblo alguno, ni conocido hombres de imaginación tan fecunda en toda especie de maldades*. Vomitaban maldiciones sin cuento contra los de su propio país. para que fuese más soportable á los forasteros la rabia y furor que les tenían; y como cuando la corrupción ha llegado á su último grado, infecta de tal modo el aire que ningún paliativo puede disimularla, mayormente cuando los efectos la descubren, así también la verdad forzaba á estos malvados á confesar que eran unos esclavos, hombres levantados de la nada; abortos y hez de toda la nación. Pueden envanecerse de haber arruinado á Jerusalén, de haber precisado á los romanos á reportar una tan funesta victoria, de tenérseles por autores del primer fuego que se vió en el templo, ya que manifiestan sentimiento de habersele pegado demasiado tarde. Ellos vieron con ojos enjutos arder la parte alta de la ciudad, sin sentir la más mínima conmoción, cuando hasta algunos romanos no pudieron ser insensibles á esta fatalidad.

» Entre tanto Tito hacía avanzar sus plataformas, por más que los trabajadores fuesen molestados por los judíos desde las murallas: mandó que se emboscase en los valles una partida de caballería á fin de sorprender á los que salían á buscar víveres entre los cuales había gente de guerra, por no bastar ya lo que habían robado dentro de la ciudad; pero la mayor parte se componía de pobres á quienes el temor de abandonar sus mujeres é hijos, expuestos á la rabia de aquellos furiosos, les impedía escaparse, sin embargo de que el hambre les forzaba á salir. La necesidad y el temor del suplicio les obligaba á defenderse cuando se veían descubiertos y atacados; y como no tenían que esperar misericordia después de haber resistido, tampoco la pedían, y *se les crucificaba á vista de los sitiados*. Tito conocía que en esto había tanto más crueldad, en cuanto no se pasaba día en que no fuesen aprehendidos 500, y algunas veces más; pero no encontrando medio para deshacerse de los que habían sido presos, y siendo casi imposible custodiarles á causa de su número exorbitante, creyó que la vista de un espectáculo tan terrible conmovería á los sitiados por el temor de ser tratados del mismo modo; porque la rabia y furor de los soldados romanos hacía sufrir á estos desgraciados antes de morir todo cuanto puede esperarse de la insolente soldadesca. *Apenas bastaba el tiempo para construir cruces y encontrar sitio para plantarlas*. Estuvieron tan dis-

tantes los facciosos de cambiar por esto de sentimientos, que por el contrario se acrecentó su furor. Arrastraron á las murallas, atados con cuerdas, á los amigos de aquellos que se habían escapado de la ciudad, y á los que habían manifestado más deseos de paz, diciendo que aquellos que estaban en manos de los romanos, no tenían la calidad de prisioneros, sino de intercesores. Este artificio contuvo por algún tiempo á los que habían pensado escaparse, pero tan pronto como fué descubierto, huyó un gran número sin arredrarles el temor del suplicio, que no dudaban les estaba preparado. La muerte que creían recibir de mano de los enemigos les parecía dulce en comparación á lo que el hambre les hacía sufrir.

» *Tito hizo cortar las manos á muchos*, y en este estado les remitió otra vez á Juan y Simón, para que con esto vieran no eran tráfugas, y conocieran al mismo tiempo su temeridad en obligarle á arruinar la ciudad, procurando por el contrario salvar sus vidas, su patria y este templo que no tenía otro igual. Mas al mismo tiempo aquel gran príncipe apresuraba sus trabajos para reducir por la fuerza á los que no podía atraer por la razón.

» Las dificultades que se ofrecían para impedir las entradas sugirieron á Tito la idea de elevar al rededor de la ciudad una muralla, cuya circunferencia fué de treinta y cinco estadios, con trece fortalezas de diez estadios de periferia; parece increíble que esta grande obra fuese principiada y acabada en tres días.

» Al verse encerrados dentro de la ciudad los judíos perdieron toda esperanza; el hambre iba siempre en aumento y devoraba familias enteras; las casas estaban atestadas de cadáveres de mujeres y niños y las calles, de ancianos. Los jóvenes hinchados y lánguidos, recorrían las plazas públicas con paso vacilante, teniéndoseles más bien por espectros que por vivientes; si caían era para no levantarse jamás. No tenían fuerzas para enterrar los muertos y aun cuando las tuviesen, su número y la incertidumbre del tiempo que les quedaba de vida les retraía de efectuarlo. Si algunos por medio de esfuerzos inauditos quisieron cumplir con este acto de piedad, espiraban al ir á desempeñarlo. Otros se encaminaban como mejor podían al lugar de la sepultura para aguardar el momento de su muerte, que no se hacía esperar mucho. En tan espantosa miseria, no se veía derramar lágrima alguna, ni se oían gemidos, porque el hambre horrorosa que sofocaba el alma, acallaba todos los demás sentimientos. Los que vivían miraban los muertos con ojos enjutos; y sus labios hinchados y cárdenos descubrían la muerte pintada en sus semblantes. El silencio era tan profundo en la ciudad, que